



## II Sección

### Historia, percepciones y conceptos

#### El Antisemitismo en América Latina: Principales conceptos y tendencias históricas<sup>1</sup>

Daniel Kersffeld  
Universidad Torcuato di Tella, Argentina  
[dakersffeld@hotmail.com](mailto:dakersffeld@hotmail.com)  
<https://orcid.org/0000-0003-3083-8173>

Recibido: 21 de abril de 2020

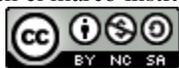
Aceptado: 18 de mayo de 2020

**Resumen:** De acuerdo con el historiador y analista político Robert Wistrich, el antisemitismo puede ser considerado como el “odio más antiguo”. Así, se trata de un concepto multidimensional a la vez que un fenómeno histórico y global: la naturaleza del rechazo a los judíos no cambia y, por ende, se mantiene invariable, aunque sí pueda mutar la forma en que se expresa en diversas circunstancias y coyunturas. Este ensayo propone una interpretación acerca del antisemitismo desarrollado en América Latina, asumiendo por tanto que mantiene características distintivas y particulares frente a como éste se manifiesta en los Estados Unidos y en los países europeos. Con este objetivo, se lleva a cabo una lectura tanto histórica como conceptual acerca de las principales características del antisemitismo en la región. Para ello, se resaltan varios antecedentes históricos ocurridos desde fines del siglo XIX en adelante, y se exploran aquellas argumentaciones vinculadas, entre otras, con la religión católica, la conflictiva situación en Medio Oriente, y los procesos migratorios latinoamericanos.

**Palabras clave:** Antisemitismo; judaísmo; América Latina; Iglesia; sionismo; migraciones; nacionalismo

---

<sup>1</sup> Este trabajo fue elaborado a partir de la investigación “Antisemitismo en América Latina: aproximación conceptual, histórica y política”, desarrollada en el marco institucional del Congreso Judío Latinoamericano.



## Antisemitism in Latin America: main concepts and historical trends

**Abstract:** According to historian and political analyst Robert Wistrich, anti-Semitism can be considered as the "oldest hatred". Thus, it is a multidimensional concept as well as a historical and global phenomenon: the nature of the rejection of the Jews does not change and, therefore, remains unchanged, although it can change the way it is expressed in various circumstances and joints. This essay proposes an interpretation of anti-Semitism developed in Latin America, assuming therefore that it maintains distinctive and particular characteristics compared to how it manifests itself in the United States and in European countries. With this objective, a historical and conceptual reading is carried out about the main characteristics of anti-Semitism in the region. In this way, several historical antecedents that occurred from the end of the 19th century onwards are highlighted, and those arguments linked, among others, with the Catholic religion, the conflictive situation in the Middle East, and Latin American migratory processes are explored.

**Keywords:** Anti-Semitism; Judaism; Latin America; Church; Zionism; migrations; nationalism

### Conceptualización general acerca del antisemitismo:

El antisemitismo es un concepto multidimensional a la vez que un fenómeno histórico y global: su naturaleza de odio a los judíos no cambia y, por ende, se mantiene invariable, aunque sí pueda mutar la forma en que se expresa en diversas circunstancias y coyunturas. Se trata, al decir, del historiador y analista político Robert Wistrich, del "odio más antiguo" (1992), presente en distintas etapas de la historia, por lo menos, desde los primeros siglos de nuestra era, y que más allá de las apariencias, puede presentarse como una ideología transformadora, en la que ya están claramente señalados los responsables del mal en el mundo y que, por ende, puede ser aprovechada, desde izquierdas y derechas, como un movimiento supuestamente radical y subversivo.



Pero para que logre arraigar y se convierta entonces en una poderosa fuerza política y cultural, que le asegura su supervivencia a lo largo del tiempo, el antisemitismo debe apelar a una serie de mitos fundantes en el sentido de verdades supuestamente incuestionables para, de ese modo, asegurar la permanencia del odio hacia los judíos y su difusión a nivel global<sup>2</sup>. Como avaros, traidores, parásitos, deicidas, antinacionales, cosmopolitas, etc., los judíos se presentan como un significante que alberga significados múltiples, impuestos de antemano, en el que lo que sobresale es el carácter del prejuicio en tanto que revista de una moralidad negativa.

El antisemitismo remite por tanto a una forma concreta de discriminación, que ahora lamentablemente puede ser percibida en ascenso en aquellos países con una seria tradición xenofóbica y de rechazo hacia la población judía, aunque también se manifiesta de manera preocupante en otras sociedades en las que las poblaciones judías se encuentran mucho más arraigadas y consolidadas a nivel nacional. El antisemitismo asume entonces una característica política determinante ya que señala a los responsables de todo lo trágico, más allá de los rasgos fundamentales de la sociedad en la que los judíos se encuentren presentes y, sobre todo, sin tener en cuenta el número real de judíos que pudiera haber en un entramado social concreto. Pestes, guerras, desastres naturales, etc. eran y, en algunos casos, hasta el día de hoy llegan a ser interpretados y explicados en la clave del prejuicio y de la denostación hacia quienes históricamente se les ha adjudicado su responsabilidad (o, directamente, su autoría) sobre acontecimientos sinestros y trágicos para toda la sociedad.

---

<sup>2</sup> La investigadora brasileña Maria Luiza Tucci Carneiro, en su libro *Diez mitos sobre los judíos*, reseña los siguientes mitos antisemitas: “Los judíos mataron a Cristo”, “Los judíos son una entidad secreta”, “Los judíos controlan la economía mundial”, “No existen judíos pobres”, “Los judíos son avaros”, “Los judíos no tienen patria”, “Los judíos son racistas”, “Los judíos son parásitos”, “Los judíos controlan los medios”, “Los judíos manipulan a los Estados Unidos”.



El odio a los judíos es en definitiva un concepto fantasmático, utilizado de manera discrecional, y que apunta a señalar a aquellos que deben ser castigados, expulsados o eliminados para recuperar un estado natural que lamentablemente se ha corrompido o se ha perdido. El cristianismo hizo entonces del “antijudaísmo” una de las bases constituyentes del credo en los momentos fundacionales de la estructura política de la Iglesia, valiéndose para ello de la negativa de los judíos a aceptar la evangelización y cuando la intención por mantener la propia identidad religiosa podía ser utilizada con fines esclarecedores, pero también sancionadores. De esta manera, resultaba preciso llevar a cabo una demarcación conceptualmente clara y socialmente válida entre nosotros y ellos, entre los puros y los corrompidos y, en definitiva, entre el bien y el mal.

Pierre Taguieff señala, justamente, las implicaciones que posee la actualidad de un término que, como tal, deriva del siglo XIX en cuanto a su formulación moderna<sup>3</sup>. Así, por oposición a los resultados de la incorporación ciudadana de los judíos durante las décadas posteriores al período napoleónico, surgió el llamado “movimiento antisemita”, principalmente, como expresión de rechazo frente a los logros a los que accedían los nuevos miembros de la sociedad tanto como frente a la persistencia de su continuidad como grupo. A causa de los rasgos distintivos de la existencia judía y de la permanencia de su particularismo, el antisemitismo le atribuyó en términos seculares intenciones de dominación y un supuesto poderío que los convertiría en una afrenta oculta para toda la sociedad e incluso, como se describe en los *Protocolos de los Sabios de Sion*, como una amenaza para toda la humanidad.

Consecuentemente, la política de asimilación llevada adelante por los judíos en países de Europa como Alemania y Francia, antes que forzar su admisión a las

---

<sup>3</sup> Manifiestos inaugurales del antisemitismo como *La victoria del judaísmo sobre el germanismo* de W. Marr (1879) y *La Francia judía* (1888), de Edouard Drumont, proporcionaron la justificación ideológica de la segregación del judío, quien no sólo era visto como amenaza potencial sino como un peligro real.



sociedades de las que formaban parte, no hizo sino aumentar las sospechas que tradicionalmente recaía en ellos. Así, el traidor podía esconderse bajo la apariencia de quienes ahora vestían al uso occidental, mantenían una identidad cosmopolita, aceptaban públicamente hablar en lenguas nacionales, y estudiaban o ejercían profesiones liberales como la abogacía y la medicina.

De acuerdo con esta visión, y tal como sugiere Moishe Postone, “(e)l antisemitismo se puede distinguir de otras formas esencialistas, como la mayoría de las formas del racismo, por su carácter populista y aparentemente antihegemónico, antiglobal. Mientras que la mayoría de las formas de pensamiento racializado comúnmente le imputan un poder corporal y sexual concreto al Otro, el antisemitismo moderno atribuye un enorme poder a los judíos, que es abstracto, universal, global e intangible. En el corazón del antisemitismo moderno reside una noción de los judíos como sinónimo de una conspiración internacional, secreta, inmensamente poderosa” (2006). Por ende, el odio hacia el judío es universal y particular a la vez: el rechazo hacia la colectividad entera necesariamente convive con el rechazo hacia el banquero judío, el obrero judío, o hacia el francés de origen judío o el alemán de origen judío. Nada impide que “lo judío” en cuanto calificativo y con plena condición negativa, pueda ser aplicado en cualquier lugar y circunstancia como una estrategia de poder planteada de este modo para denunciar y ocultarse al mismo tiempo, señalando para ello a un supuesto poder amenazante, ya sea que se encuentre afuera, o peor aún, camuflado entre nosotros.

Por otra parte, y frente al avance del antisemitismo, no se debe perder de vista la animadversión generada en determinados espacios políticos, tanto de derecha como de izquierda, frente a la situación en Medio Oriente y, de manera concreta, en torno a la existencia del Estado de Israel. El antisionismo asume, por tanto, una imagen mucho más pública respecto a una conducta antisemita que, en cambio, debe ser generalmente ocultada o restringida al espacio privado, frente a la censura





moral y al señalamiento público en torno a lo políticamente inconveniente. De igual modo, y sobre todo en el siglo XXI, surgen críticas hacia el gobierno israelí por su accionar represivo frente a las poblaciones árabes, en principio, sin cuestionar la existencia misma del Estado judío, pero bajo argumentaciones que, finalmente, también pueden dar lugar a pronunciamientos antisemitas o, de manera directa, antisemitas. En este sentido, y siguiendo nuevamente a Taguieff, podemos notar que la pareja conceptual antisemitismo-antisionismo, resumida en lo que él denomina como “nueva judeofobia” (para diferenciarla, justamente, de formas pretéritas del antisemitismo), se sustenta a partir de términos antagónicos o en tensión permanente para de ese modo referir un sentido inmanente de culpabilidad en el judío<sup>4</sup>.

Por otra parte, el académico y ensayista Mitchell Cohen estableció una clara identidad entre aquellos argumentos que, por igual, atacan la existencia de los judíos y del Estado de Israel. Antisemitismo y antisionismo se encontrarían ligados a partir del señalamiento público de un mismo enemigo en dos escenarios contextuales distintos, pero con una misma referencialidad en torno a aquello a lo que se quiere representar como potencialmente enemigo de la paz y de la vida. De este modo, no existiría una transición entre dos ámbitos de confrontación realmente distintos (lo que podría legitimar la conducta antisionista sin necesariamente avanzar hacia el antisemitismo), sino que en suma se trataría de un mismo escenario, sólo que analizado críticamente desde perspectivas diferentes.

En su artículo *Auto-Emancipation and anti-Semitism: Homage to Bernard Lazare*, publicado en 2003, Cohen establece y resume aquellos cuatro argumentos

---

<sup>4</sup> Así, “(l)os judíos están en todas partes (‘nomadismo’), y en todas partes son ‘solidarios’ entre sí (razón por la cual pueden ser acusados de formar un grupo conspirador de ámbito mundial). De este modo, las acusaciones de ‘voluntad de dominio’ (o de ‘conquista del mundo’) y de ‘complot internacional’ se reciclan. Y otro tanto ocurre con el rumor que ya hace mucho tiempo se estabilizó en forma de estereotipo: ‘los judíos son culpables’, rumor traducido una y otra vez, indefinidamente, desde hace casi medio siglo, como ‘los sionistas son culpables’, ‘el sionismo es culpable’, ‘Israel es culpable’” (Taguieff, 2009: p. 17).





centrales que vincularían de manera indisoluble al antisemitismo y al antisionismo. Las mismas ideas aparecerán más tarde *El antisemitismo y la izquierda que no aprende*, texto presentado en español en 2005. En torno al antisemitismo, el autor plantea por tanto los siguientes argumentos:

“1) Insinuaciones. Los judíos no encajan realmente en nuestra sociedad y además no pueden hacerlo. Hay algo extraño en ellos, e incluso siniestro. 2) Acusaciones. Son tan suyos esos judíos, están tan preocupados con lo que les es ‘propio’. ¿Por qué son tan cerrados y anacrónicos cuando lo que necesitamos es solidaridad y amor a escala mundial? Realmente ellos mismos se convierten en un ‘problema’. Si el llamado ‘problema judío’ es singular de alguna manera es por su culpa y usualmente lo encubren con argumentos especiosos. 3) Reconvenciones. Esos judíos, siempre se presentan como víctimas. En realidad tienen mucho poder, especialmente en las finanzas. Su poder es omnipresente, aunque no siempre sea muy visible. Lo ejercen a través de manipulaciones, por detrás. (Pero mira, incluso hay una parte de ellos que, tal vez sintiéndose culpables, te admitirán todo esto). 4) Recriminaciones. Fíjate en sus tropelías, que cometen mientras se presentan de forma estentórea como víctimas. Unas tropelías que han pasado, a lo largo de las épocas, desde la muerte de Dios hasta el asesinato ritual de niños, desde la venta de secretos militares al enemigo hasta aprovecharse de la guerra y hasta ser capitalistas, intermediarios, terratenientes o prestamistas que explotan a los pobres. Y además siempre, ¡qué astutos son!, os engañarán”.

Ahora bien, y en cuanto al antisionismo, Mitchell Cohen retoma las mismas argumentaciones, aunque ahora orientadas al rechazo a la existencia del Estado israelí y vertidas tanto por determinadas líneas ideológicas de la izquierda, como así también por militantes e ideólogos del islamismo político y radical:



“1) Insinuaciones. Los sionistas son un cuerpo extraño en Oriente Medio. Nunca encajarán allí. El imperialismo occidental creó el Estado sionista. 2) Acusaciones. Un Estado judío nunca podrá ser democrático. El sionismo es exclusivista. La idea misma de un Estado judío es un anacronismo. 3) Reconvenciones. Los sionistas se quejan de que son víctimas, pero en realidad tienen un poder enorme, sobre todo financiero. Su poder es omnipresente, pero se aseguran de que no sea demasiado visible. Lo ejercen a través de manipulaciones, de espaldas a la gente, por detrás. ¿Cómo? Basta ver la influencia sionista en Washington. O más bien su dominio sobre Washington. (Y mira, incluso hay algunos judíos que, tal vez sintiéndose culpables, lo admitirán). 4) Recriminaciones. Los sionistas son responsables de tropelías tremendas y enormemente ruines. Y las encubren con engaños. Lo que incluye desde la agresión imperialista de 1967 hasta el presunto ofrecimiento de un compromiso a los palestinos por parte de Ehud Barak en el año 2000 o la ‘masacre’ de Jenín durante la segunda intifada”.

En suma, y de acuerdo a los lineamientos trazados por Cohen, resulta prácticamente imposible asumir una postura antisionista dissociada de una vertiente antisemita. Al fin y al cabo, las argumentaciones esgrimidas en uno y otro caso son las mismas, más allá de quién se convierta en el objeto público del odio y del rechazo. Pese a las diferencias, en ambas estrategias discursivas se señalan las implicaciones culturales y políticas de quién es percibido como ajeno a determinado entorno social, a la vez que se rechaza una amenaza no potencial sino real, que sólo espera un momento determinado para poder concretarse y evidenciarse a través de la traición y del engaño. El judío, como el Estado israelí, actúan de manera oculta y con un insospechado poder pese a la tendencia siempre presente a la victimización y al reclamo injustificado y demagógico.

Así, resulta importante revisar el fenómeno del antisemitismo en América Latina como un conjunto de acciones y comportamientos con evidentes puntos de contacto





con procesos similares desarrollados en Estados Unidos y en países europeos, pero que en nuestra región podrían adquirir una característica distintiva por darse en sociedades claramente heterogéneas, con altos índices de pobreza y de violencia, y una enorme y tradicional presencia por parte de sistemas de creencias políticas y religiosas, en los que se particularizó en el judío aquello negativo a ser desterrado de naciones y comunidades católicas por definición<sup>5</sup>.

### **Tendencias históricas en el antisemitismo latinoamericano:**

En América Latina el antisemitismo posee huellas profundas y recorridos extensos que directamente se funden en la historia común de toda la región. En términos de modernidad, el antisemitismo comenzó en realidad en las últimas décadas del siglo XIX, en pleno proceso de transformaciones políticas, económicas, sociales, culturales e intelectuales. Los cambios ocurrieron en varios ámbitos a un mismo tiempo e implicaron desde una agudización en la confrontación entre liberales por una parte y conservadores y reaccionarios por la otra, al desarrollo incipiente de un modelo industrial y a la aparición concomitante de sociedades cada vez más diversificadas, constituidas por sectores nacientes como la futura clase media y por los sectores trabajadores y obreros. En tanto que los debates intelectuales se centraron en la secularización y el progreso frente a actores con un peso político decreciente, como la Iglesia, mientras que al mismo tiempo se consolidaba una “sociedad letrada” a partir de la circulación acelerada de diarios, libros y revistas de

---

<sup>5</sup> En todo caso, resulta interesante evaluar el estudio comparativo de la Anti Difamation League en torno a la construcción de un índice sobre antisemitismo a nivel global con la idea de medir y ponderar las variaciones que pudieran surgir entre países, entre regiones, y sobre éste en el tiempo. Dicho índice está construido sobre el siguiente cuestionario: 1) Los judíos son más leales a Israel que al país en el que viven; 2) Los judíos tienen mucho poder en el mundo de los negocios en el que se desenvuelven; 3) Los judíos tienen mucho poder en los mercados financieros internacionales; 4) Los judíos aun hablan demasiado sobre lo que les tocó vivir durante el Holocausto; 5) A los judíos no les importa lo que les pase a otros sino sólo les interesa los de su propio grupo; 6) Los judíos tienen mucho poder sobre los asuntos globales; 7) Los judíos controlan al gobierno de los Estados Unidos; 8) Los judíos piensan que son mejores que otras comunidades; 9) Los judíos tienen mucho poder sobre los medios de comunicación globales; 10) Los judíos son responsables de la mayor parte de las guerras; 11) La gente odia a los judíos por la forma en la que estos se desenvuelven”. Para más información, aconsejamos revisar el sitio <https://global100.adl.org/map/americas>



actualidad: en consecuencia, el discurso político adquirió cada vez más matices, en parte, gracias a la actuación de distintas variantes del universo de las izquierdas.

El primer antisemitismo ocurrido en América Latina ya en términos modernos (es decir, fuera de las circunstancias que motivaron el odio contra los judíos en tiempos de la colonia y, especialmente, a través de la Inquisición) tuvo lugar ya en las últimas décadas del siglo XIX, en un contexto de redefinición de los límites de la nacionalidad y, en consecuencia, de la aparición de un discurso público nacionalista y eventualmente xenofóbico. El conflicto entre conservadores y liberales en países como México, Colombia y Ecuador, en donde la Iglesia seguía teniendo un papel preponderante aunque en evidente decadencia, sumado a la incorporación de debates foráneos, como el que tuvo lugar en Francia (y también en buena parte de Europa) en torno al caso del capitán francés Alfred Dreyfus, fueron totalmente idóneos para comenzar a señalar públicamente a una población judía a la que se consideraba con una influencia creciente y un poder oculto, aunque no necesariamente tuviera una existencia real<sup>6</sup>.

El antisemitismo se desarrollaba en Argentina también por los mismos años, sólo que en el país del sur del continente el rechazo a la presencia judía era promovido principalmente por las oligarquías locales y las élites ilustradas. Así, desde las últimas décadas del siglo XIX existieron distintos voceros e intelectuales de las élites que se manifestaron en contra de la inmigración judía, y especialmente, de la llegada al país de una masa de trabajadores empobrecida y en plena efervescencia

---

<sup>6</sup> En este contexto, y pese a que en México todavía no existía una colectividad judía como tal, el intelectual y periodista Justo Sierra fue agredido públicamente calificándose como “judío” por parte de contendientes católicos en la prensa ultramontana. Sierra fue identificado con un estereotipo judeófobo muy de la época en el que resaltaba la condición cosmopolita, intelectual, moderna y progresista de la personalidad atacada (Lomnitz, 2010).



ideológica, a partir de su temor a la posibilidad de “contaminación” de una nación que todavía estaba en plena conformación<sup>7</sup>.

El accionar de militantes judíos, sobre todo en el anarquismo, aunque luego también en el socialismo y en el comunismo, fue asumido desde los sectores acomodados como hechos perniciosos que debían ser extirpados de raíz, mediante la persecución y la posterior expulsión del país, gracias a la sanción de la Ley de Residencia en 1904<sup>8</sup>. Asimismo, fueron motivo suficiente para el desencadenamiento de acciones represivas a gran escala llevadas a cabo por las fuerzas del orden o por organizaciones parapoliciales y paraestatales, como bien quedó demostrado en 1919 durante la Semana Trágica: lo que fue considerado como el “primer pogrom en América Latina”, iniciado como respuesta a una huelga y pronto extendido como ataque sistemático a la comunidad judía de Buenos Aires, habría desembocado, según diversas fuentes, en más de 700 muertos y más de 2 mil heridos<sup>9</sup> (Silva, 2011: pp. 239-243).

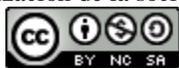
Durante el auge de los totalitarismos europeos, en los años '30 y primera mitad de los '40, la presencia judía en América Latina también se tornó compleja. La formación de organizaciones ultraderechistas en la región respondió a múltiples causas, no sólo a la existencia de comunidades judías cada vez más grandes y con mayor densidad institucional. En este sentido, los Camisas Doradas de México,

---

<sup>7</sup> En 1888, pocos meses antes de morir, nada menos que Domingo F. Sarmiento publicó varios artículos antisemitas en el diario *El Nacional* como opositor a la ley de reforma del otorgamiento de la ciudadanía argentina que se estaba debatiendo por aquellos tiempos en el Congreso y que, en su opinión, amenazaba con borrar la especificidad de la nacionalidad argentina ante la masiva llegada de inmigrantes europeos al país.

<sup>8</sup> Como reacción al asesinato del coronel Ramón L. Falcón por el anarquista judío ucraniano Simón Radowitsky, en lo que fue considerado como la “Semana Roja” de 1909, un amplio grupo de jóvenes de clase alta, imbuido de profundo odio antisemita y xenófobo, destruyó e incendió las sedes de diversas organizaciones judías. En aquella oportunidad, como así también durante los festejos del Centenario de 1910, los manifestantes antisemitas coreaban expresiones como “¡Fuera los rusos!”, remarcando el origen nacional de los judíos inmigrantes (Feierstein, 2006: pp. 190-1).

<sup>9</sup> En aquel momento, el principal pretexto para la reacción fue la presunta instauración de un “sóviet judío-ruso”, argumento que sintetizaba los principales miedos de los sectores dominantes argentinos en torno a la subversión del orden y a la creciente extranjerización de la sociedad.



surgidos al calor de la crisis de 1929, tuvieron un componente antijudío importante, motivado por su credo original ultracatólico, nacionalista y sinarquista. Al mismo tiempo, gobernantes populistas de la época y admiradores de liderazgo encarnado por Mussolini en Italia, como Getulio Vargas en Brasil, ensalzaron la figura del criollo y sospecharon de la presencia y de las actividades de la población judía. Eventualmente, y si no atacaron de manera directa, permitieron o incluso instigaron a la población local para que realizaran diversos actos de violencia, sabotaje o boicot debido a la amenaza que ésta percibía frente a los judíos de procedencia extranjera, quienes eran considerados con mejores habilidades comerciales y profesionales.

Las persecuciones en contra de la población judía europea constituyeron otro asunto de importancia, principalmente, frente a la responsabilidad humanitaria de los gobiernos latinoamericanos ante la salvación de vidas de quienes tenían la posibilidad de huir. En este sentido, no sólo no hubo una mayor apertura por parte de las autoridades políticas y migratorias, sino que además, y en muchos casos, se optó por rechazar su llegada, aun a riesgo de que en el retorno de los fugitivos a Europa éstos cayeran en manos del nazismo. En varios casos, los gobiernos latinoamericanos (salvo algunas excepciones puntuales) optaron por cerrar las fronteras y por rechazar a aquellos inmigrantes “indeseables” o bien, permitieron que sus funcionarios en embajadas y consulados europeos actuaran de manera discrecional<sup>10</sup>. Por ejemplo, el gobierno de Colombia tenía una orden clara: establecer “trabas” a la visación de inmigrantes judíos. Ni siquiera se obtendrían permisos de tránsito o provisionales (Leal Villamizar, 2011: p. 69). En general, la postura de los gobiernos de la región frente a los inmigrantes judíos cambiaría ya

---

<sup>10</sup> En América Latina todavía se recuerdan los eventos derivados del viaje del barco alemán Saint-Louis que en 1939 arribó a La Habana, con casi mil refugiados de origen judío europeo. Además de Cuba, también EE.UU. y Canadá se negaron a admitir a los pasajeros. Sin otro puerto que decidiera admitirlo, el barco tuvo que retornar a Europa: 254 pasajeros finalmente fueron asesinados en el Holocausto. Otros barcos, como el inglés Orduña, sufrieron diversos percances para poder desembarcar a sus pasajeros refugiados, en este caso, en puertos de Cuba, Ecuador y Perú.



en los tiempos finales de la guerra, en parte por presiones provenientes de los Estados Unidos, y cuando los campos de exterminio se encontraban en pleno funcionamiento (Kersffeld, 2018).

El recuerdo de la Shoá volvería al Cono Sur ya en los años '70, cuando los gobiernos militares asumieron al terrorismo de Estado como principal imperativo político y de seguridad interna. Más allá de sus diferencias, los regímenes dictatoriales en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay tuvieron puntos de contacto en torno a la actuación represiva casi sin restricciones por parte de las corporaciones militares (Senkman, 2011). De este modo, la violencia institucionalizada asumió diversas expresiones que iban desde la censura y la persecución, al exilio, la tortura, el asesinato y, finalmente, la desaparición de personas.

En este sentido, durante la dictadura argentina se desarrolló el terrorismo de Estado con el antisemitismo como uno de sus elementos característicos. La judeofobia se expresó por aquellos años de diversa manera y a través de una amplia metodología del terror que incluía atentados en sinagogas, en escuelas judías y en otras instituciones comunitarias; la aparición de publicaciones filonazis y antisemitas sustentadas desde el mismo poder político e, incluso, amenazas, detenciones y desapariciones de figuras de renombre del propio ámbito de la comunidad como así también referentes judíos en el arte, en la cultura y en el campo de los derechos humanos. Según los registros levantados con posterioridad al Proceso militar, el número de desaparecidos judíos en Argentina durante el período 1976-1983 fue de un diez por ciento del total de desaparecidos, cuando por aquellos mismos años la población judía no llegaba al uno por ciento del total de la población en todo el país (Kaufman y Cymberknopf, 1989 y Dobry, 2013).

Los atentados ocurridos en la Argentina en los pasados años '90 comenzaron a insertar a este país (y, por derivación, a toda la región) dentro de la compleja trama



del terrorismo internacional del siglo XXI. El 17 de marzo de 1992 un ataque terrorista provocó la voladura de la sede de la Embajada de Israel en Buenos Aires, causando un total de 22 muertes y de 242 heridos, entre argentinos e israelíes. En tanto que el 18 de julio de 1994, la detonación de una camioneta cargada de explosivos provocó la destrucción del edificio comunitario de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), y con ello, la muerte de 85 personas y más de 300 heridos. Inmediatamente, este último atentado pasó ser considerado como el más violento ataque antisemita producido hasta ese momento en todo el mundo desde la Segunda Guerra Mundial. Ambos ataques, y principalmente la voladura de la AMIA, una institución social con amplia presencia y con una historia centenaria, produjeron un enorme impacto en la sociedad argentina, a la vez que un amplio sentimiento de vulnerabilidad que atravesó a toda la comunidad judía en su conjunto.

Reaparecieron así los peores fantasmas de un pasado que, al menos en sus formas más violentas, se consideraban ya superados en la historia y por un proceso de consolidación democrática que, con sus idas y sus vueltas, había apuntado a una integración social plena y a un horizonte de inclusión de todos los actores y sectores que conformaban a la nación argentina (Siegel Vann, 2019). Al mismo tiempo, resultaba plenamente visible la capacidad destructora del terrorismo internacional y de las extensas redes criminales que, de manera oculta y mediante un proceso de creciente globalización económica y cultural, promovían también la expansión del conflicto de Medio Oriente hacia cualquier lugar del planeta (Moreno, 2007). En este sentido, con los atentados en Buenos Aires, apareció un nuevo tipo de antisemitismo que, si bien contó con la actuación de la “conexión local”, poseía un origen distinto y completamente alejado de la realidad política cotidiana. La falta de respuesta política y legal por parte del Estado a las víctimas, a los familiares de las víctimas y a los afectados en general de ambos atentados, constituye otro capítulo en la oscura trama del antisemitismo argentino: en este sentido, y especialmente



luego del desastre de 1994, la colectividad judía local vivió un intenso período de interrogaciones hacia los distintos poderes del Estado, comenzando directamente por la Presidencia de la Nación, y de diversos cuestionamientos internos y hacia la dirección comunitaria (Lutzky, 2012)<sup>11</sup>.

Ya en el siglo XXI, el antisemitismo comenzó a hacerse presente en varias naciones de la región que, hasta entonces, no habían tenido ninguna animadversión hacia los sectores judíos. Esta nueva conducta se vio favorecida por la aparición de nuevos gobiernos de izquierda y por la puesta en marcha de una nueva estrategia multipolar que a la vez que marcó un contrapeso a la tradicional presencia de los Estados Unidos, posibilitó relaciones con potencias externas como Rusia, China y en algunos casos, también Irán. Se fortaleció así un antisemitismo determinado especialmente por el antisionismo, es decir, motivado especialmente por la renovada alianza con el gobierno de Irán en contra del poder hegemónico de los Estados Unidos, y como correlato, también frente a la presencia de Israel en el conflictivo escenario de Medio Oriente. Así, la vinculación creciente de La Paz, Quito, Managua y especialmente Caracas con Teherán dio lugar, como en ningún otro caso, a un posicionamiento de estos países latinoamericanos en el conflicto de Medio Oriente, a favor de Palestina y en contra de Israel y, en términos más amplios, a favor del tejido de un amplio frente común en contra del accionar global de los Estados Unidos.

En este nuevo esquema de alianzas, uno de los países que resultó más afectado en el contexto de Medio Oriente fue Israel: no sólo no sumó nuevos aliados, más allá de algunos países que, como Colombia, consiguió estrechar vínculos más sólidos, sino que además incrementó el número de naciones reactivas, como en el

---

<sup>11</sup> Por otra parte, la muerte del fiscal especial de la causa AMIA, Alberto Nisman, el 18 de enero de 2015 sólo agregó más confusión a una investigación de por sí enrarecida por múltiples y contrapuestos relatos, suposiciones, conspiraciones y complicidades que, hasta el día de hoy, no terminan de ser convenientemente desbrozados para el esclarecimiento de un atentado que sigue buscando razones, culpables y, sobre todo, respuestas frente al terror y a la impunidad (Epelman, 2019).



caso de Venezuela y Bolivia, con las que nunca antes había tenido mayor relación política. Ambos países, solidarios con Irán y con la causa pro palestina, no dudaron en hacer públicas sus condenas a Israel, e incluso, en romper relaciones en 2009 luego del conflicto en Gaza. Afloró así una política, en ciertos momentos explícita, que conjugó antisionismo con antisemitismo en una crítica cada vez más radical hacia la existencia misma del Estado judío (Bokser Misses, 2011: p. 28).

Por ello, hoy la mayor parte de las expresiones y de los episodios antisemitas que suceden en América Latina se encuentran relacionados, en primer término, con todo lo que acontece respecto al extendido conflicto en Medio Oriente. Los hechos de violencia contra la población judía fueron capitalizados, sobre todo, por distintas expresiones de la izquierda radical así como también por grupos marginales, sin mayor inserción social o política, con proyecciones tanto hacia la izquierda como hacia la derecha, y con explícitas proclamas antiamericanas y antiisraelíes. En este sentido, la Segunda Intifada, ocurrida en 2000; la invasión a Afganistán, en 2001; la guerra en Irak, iniciada en 2003 y sobre todo la guerra en El Líbano, en 2006; el conflicto en Gaza (conocida como la operación israelí “Plomo Fundido”), desarrollada entre 2008 y 2009; y por último la operación israelí “Margen Protector” contra la organización Hamas en 2014, provocaron en diferentes contextos latinoamericanos un aumento de la retórica antiestadounidense así como también visibles manifestaciones en contra de Israel y, también en algunos casos, en contra de las colectividades judías. Sin embargo, cabe señalar que si bien existió un aumento de las expresiones antisionistas y, por derivación, también de las antisemitas, no existió una reacción generalizada a nivel de la opinión pública, sino que aquellas se reprodujeron, principalmente, en el entorno de los gobiernos y de los medios de comunicación ligados o afiliados a éstos (Siegel Vann, 2011).

Como se puede apreciar a partir de esta limitada síntesis, en América Latina, y salvo algunos casos y procesos puntuales y aislados, el antisemitismo se ha caracterizado



por ser un fenómeno marginal o, en todo caso, con efectos más limitados en los campos político, económico y cultural. Con mayor o menor intensidad, lo cierto es que en nuestra región el antisemitismo ha tenido distintos componentes, algunos con mayor historia y otros más referenciados en la actualidad, pero que combinados convierten al “judío” en aquel enemigo, potencial o real, encubierto o evidente, al que conviene señalar en coyunturas críticas y en procesos de cambio acelerado.

### **Características y representaciones de la judeofobia en Latinoamérica:**

Como se ha podido observar, el antisemitismo en América Latina ha tenido históricamente sus propias especificidades y características diferenciadoras respecto a otras formas de rechazo a la población judía sustentadas en el mundo desarrollado, principalmente, en Europa y en los Estados Unidos. La presencia de judíos, prácticamente desde los inicios de la colonización latinoamericana en el siglo XVI, fue un elemento que también contribuyó a gestar la construcción cultural, política y finalmente identitaria de una región que, a lo largo del tiempo, estaría marcada por incesantes cambios y redefiniciones.

Desde las izquierdas al reaccionarismo, pasando por el liberalismo, el nacionalismo y una amplia gama de populismos, prácticamente, no hubo corriente de pensamiento o ideológica que en algún momento no haya asumido como propio el “problema judío”, es decir, como una cuestión vinculada a la idea de la nación, pero también al cosmopolitismo, al factor de clase, o al arraigo de lo local frente a los amplios procesos de globalización. El judaísmo se convirtió así en una matriz que bien pronto tensionó los aspectos esenciales de un imaginario de “lo latinoamericano” que se encontraba atravesado por una lengua, una cultura, una religión y, en definitiva, una “raza” en común. La presencia judía en la región,



justamente, operó como un fenómeno cohesionador y dador de un sentido específico de unidad frente a lo “otro” finalmente inasimilable<sup>12</sup>.

En este sentido, la tensión fue (y es) permanente respecto al catolicismo como religión mayoritaria y hegemónica, pero también se amplía hacia otros márgenes políticos y culturales motivados por circunstancias diversas, y que van desde la participación judía en movimientos radicales y de clase, a la visualización de grupos y personas judías como ocultos integrantes de los recursos de poder, tanto a nivel nacional como internacional. El judío como trabajador y revolucionario convive, en una contradicción ineludible, con el judío empresario y explotador: en ambos casos, su presencia tensiona una realidad y distorsiona hasta llevar a sus extremos los conflictos de una sociedad históricamente desigual y cada vez más polarizada entre quienes más tienen y quienes apenas sobreviven.

Por otro lado, la inquietud por la posible extranjerización de la sociedad como resultado de la presencia de los inmigrantes judíos provenientes de lejanas (y a veces extrañas) latitudes se situó en tensión respecto a la posibilidad concreta de su eventual asimilación a las nuevas tierras en las que finalmente incursionaban, tornando así confusa y desdibujada una identidad judía que, en consecuencia, debía ser rastreada en los más íntimo de cada persona para poder ser expuesta públicamente. Más allá del mantenimiento histórico de cultos y rituales, como elemento de pervivencia del judaísmo en el tiempo, en la persona judía existió (y todavía existe) un supuesto de conciliación que le proporciona una permanente capacidad de adaptación a nuevas circunstancias, coyunturas y escenarios. Esto es lo que permite posicionar la vivencia de un judaísmo en América Latina, pero también de un antisemitismo específico a nivel regional.

---

<sup>12</sup> La tensión entre el mundo católico y el mundo judío ha caracterizado a la historia de la humanidad prácticamente desde la consolidación de la Iglesia católica. Así, el judaísmo se convirtió en el “otro” por excelencia de la cultura occidental. Ver Bauman (1998) y Bokser Misses (2001).



Históricamente, los judíos fueron atacados por su identidad, por su religión y por mantener una cultura sustentada al margen de los dogmas cristianos impuestos por la Iglesia católica. En los preceptos originales del antijudaísmo, si bien su presencia podía constituirse en un desafío claro a la pretensión evangelizadora de las autoridades eclesiásticas, por otra, los judíos podían ser útiles para representar ante el pueblo cuál era el castigo de los pecadores y de aquellos que rechazaban la conversión y el culto a Cristo. La demonización también podía ser entonces una finalidad práctica con fines adoctrinadores y esclarecedores.

Con la consolidación de la Iglesia en los primeros siglos de la era cristiana, las comunidades judías subsistieron al margen del mundo católico pero en situación permanente de tensión y de conflicto. Era así un necesario “otro” con el que no era conveniente familiarizarse ni relacionarse pero cuya presencia aseguraba la permanencia de un credo que, a la vez que profundamente comunitario, se encargaba de señalar públicamente, a través del rechazo y del odio, a quienes decidían no integrarse y mantener su fe original, sufriendo por ello todo tipo de escarnios y humillaciones. Así, el antijudaísmo constituyó un imaginario popular en el que el judío era interpretado como representante en la tierra del mal absoluto, de la contaminación en el más amplio sentido y del asesinato de Cristo como pecado de orden fundamental.

El contexto de ingreso de los judíos al Nuevo Mundo fue, justamente, el proporcionado por la Inquisición, entidad de la Iglesia propuesta para sustentar la ortodoxia del credo católico. Por lo tanto, las primeras generaciones de judíos que desarrollaron sus vidas en América Latina debieron hacerlo, generalmente, preservando su identidad original y ocultándola ante las posibles denuncias frente a la Iglesia, preocupada por las prácticas judaizantes secretas. En todo caso, el judío era el “otro” que temía ser descubierto y que por ende se presentaba



públicamente como cristiano, justamente en un período histórico en el que la hegemonía católica pretendió suprimir a otros credos mediante la evangelización.

Una vez independizados la mayor parte de los Estados latinoamericanos en las primeras décadas del siglo XIX, el triunfo de ideales liberales y republicanos, junto con el declive de poder de la Iglesia, posibilitó que la incipiente población judía que todavía se reconocía como tal, sumado a aquellos que llegaban de otras latitudes, pudieran comenzar a actuar en cuanto tales, situación que sería favorecida posteriormente a través de la sanción constitucional de la ley de libertad de cultos, aprobada en casi todos los países de la región.

La aparición de personas judías en el espacio público se desarrolló sobre todo desde las últimas décadas del siglo XIX en un proceso lento y paulatino, exigido por las dificultades para poder insertarse en medios y espacios que podían ser reactivos a su sólo presencia. Así, los ámbitos científicos, artísticos y universitarios en general, mucho más dinámicos y permeables a los cambios, pudieron nutrirse a partir de la incorporación de judíos, mayormente de origen extranjero, antes que otros espacios, mucho más conservadores y reactivos a las transformaciones sociales, y que vieron en aquellas personas diferentes una amenaza a su propia identidad corporativa, como fueron los casos más ligados a la institucionalidad estatal, la burocracia, el ejército, la diplomacia, etc.

Pero más allá de la libertad religiosa existente en la actualidad, todavía hay prejuicios arraigados en contra de los judíos, mantenidos a nivel popular, difícilmente erradicables, y que señalan a éstos como “avaros”, “usureros”, “explotadores”, que “naturalmente” tienen una gran facilidad para las actividades comerciales y para enriquecerse, que “necesariamente” controlan al mundo de los bancos y de las finanzas, etc. Todos ellos mitos presentados como simples argumentaciones y que operan con la inocencia y la peligrosidad de los saberes y



conocimientos vinculados al más simple sentido común, como un sustrato básico de la percepción hegemónica latinoamericana en torno a la identidad judía, repetido y reafirmado incluso por entidades de gobierno, de la sociedad civil y por medios de comunicación sin recibir cuestionamientos o reprobaciones, más allá de las oportunas intervenciones formuladas desde la misma comunidad afectada<sup>13</sup>.

El origen nacional se convirtió en otro elemento característico del antisemitismo latinoamericano, esta vez, asociado con prejuicios de todo tipo alimentados por el desconocimiento sobre el otro y también recreado en torno a la xenofobia y el rechazo al inmigrante. Esta forma de judeofobia se sintió especialmente en aquellas sociedades que acogieron oleadas migratorias, donde no siempre se manifestó como tal la supuesta “apertura” declarada por los gobiernos, constituyéndose de este modo en un elemento característico el prejuicio de autoridades y del personal diplomático directamente involucrado con la llegada masiva de judíos europeos en los tiempos previos y durante la Segunda Guerra Mundial. Para las élites ilustradas y los divulgadores de un prístino y mitológico sentir nacional, en tiempos de conformación o ya directamente de consolidación de los ideales de la nación, en las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras del siglo XX, la llegada de inmigrantes podía derivar en críticas hacia el cosmopolitismo y, sobre todo, a la eventual extranjerización de la sociedad, de su cultura y de sus usos y costumbres.

Por supuesto, había diferenciaciones internas entre quienes provenían desde países más conocidos o mejor ponderados en términos culturales, como Alemania o Francia, frente a aquellos otros que, en cambio, llegaban desde regiones con menor nivel de percepción a nivel social o con sociedades más tradicionales, como Rusia, Polonia y los países de Europa del Este. En todo caso, el término “ruso” se

---

<sup>13</sup> El antijudaísmo propagado desde el catolicismo se convirtió en un determinante esquema moral que, para asegurar la reproducción del sistema de creencias, asumió la centralidad de un “nosotros” frente a un “ellos”. Para legitimarse, el relato debía tener una finalidad práctica y concreta, y una interpretación sin ambigüedades por parte de los sectores populares. Para más información sobre el antijudaísmo impuesto por la Iglesia, y sus derivaciones en el tiempo, ver Perednik (2018).



resignificó como un calificativo para denominar popularmente a aquellos judíos inmigrantes y provenientes, no necesariamente de Rusia, sino también de sus diversas áreas y países de influencia. El miedo a la transculturación y a la hibridación y al surgimiento de síntesis culturales se convirtió en una barrera a ser sorteada por los inmigrantes, si provenían de países y lugares no tan bien referenciados, y si además provenían de la clase obrera o trabajadora, quienes entonces debían demostrar un alto sentido de adaptabilidad en función de la asimilación requerida desde el poder, así como también de comprensión y reproducción de los patrones fundamentales del orden social.

Por otra parte, el establecimiento del Estado de Israel supuso una situación contradictoria en una de las premisas fundantes del concepto liberal de ciudadanía, anclado a un único Estado-Nación determinado: aquellos judíos identificados con este nuevo país, sin por ello perder su original sentido nacional, pudieron en cambio ser vistos desde el prejuicio judeófobo como faltos de compromiso y de reciprocidad hacia la nación de la que formaban parte, y que eventualmente “recibió con los brazos abiertos” a sus padres, abuelos y familiares, permitiéndoles así salvar sus propias vidas. La “traición” volvió así a presentarse como uno de los rasgos fundamentales de la condición judía que de este modo comenzó a ser acusada de duplicidad en algo que hasta el momento no podía ni debía ser cuestionado, como la identificación nacional de cada persona.

Desde la creación del Estado de Israel en 1948, por tanto, la “doble lealtad” se convirtió en uno de los rasgos fundamentales del antisemitismo en nuestra región. A partir de aquel momento, la pertenencia a la comunidad judía se relacionó desde el afuera y de manera automática con la adscripción a la ideología sionista y, por ende, con la existencia de otro Estado. En un contexto de nacionalismos muchas veces exacerbados, el judío identificado con Israel generó sospechas en torno a su real fidelidad a la nación de la que formaba parte. Desde el antisemitismo se



cuestionó por tanto el verdadero involucramiento de los judíos en los Estados nacionales latinoamericanos, en determinados casos por el origen europeo, y ahora también por su supuesta vinculación con Israel. Esta nueva filiación retomó así cuestionamientos que comenzaron hace aproximadamente dos siglos, en plena conformación de las ideologías nacionalistas, y que viviría un momento de auge durante el “caso Dreyfus”, re creador de un mito en el que hasta el judío más patriota, en el fondo, podía ser un traidor e, incluso, un colaborador en las sombras de enemigos reales o potenciales (Taguieff, 2009).

Por otra parte, en la síntesis entre antisemitismo y antisionismo operan variables identitarias que van más allá de las acusaciones tradicionales en contra de los judíos. El antisionismo como una expresión política de la judeofobia apunta a la invalidación y a la deslegitimación del Estado de Israel al que se acusa como invasivo, foráneo, artificial y ajeno a la historia y a la realidad social de Medio Oriente, donde al parecer únicamente podrían existir naciones y comunidades árabes e islámicas. De igual modo, y desde las izquierdas y determinados modelos populistas, el cuestionamiento incluye la solidaridad con aquellos pueblos como el iraní y más aún el palestino, que resultan amenazados o directamente estrangulados por la existencia de Israel, un Estado que, dada la geopolítica global, sólo podría sostenerse en una región con tantos enemigos y adversidades gracias al poder omnímodo y ubicuo ejercido por los Estados Unidos y las principales potencias occidentales.

Según quienes lo proclaman, el antisemitismo resultaría negado y reemplazado por una opción “políticamente correcta”, la del antisionismo, tal como lo revelan aquellos gobiernos populistas latinoamericanos de las últimas décadas que, en forma reiterada, han proclamado sus acusaciones contra Israel en tanto demostraban su solidaridad con causas “justas” y más vinculadas a la realidad social y político de los pueblos latinoamericanos, siempre oprimidos por potencias como los Estados Unidos. El rechazo y el odio a los judíos encontraría así una fórmula más permeable



a las exigencias morales del siglo XXI, donde el argumento contra una comunidad se traslada al argumento contra un Estado, factor que desde el paradigma liberal puede incluso ser planteado y aceptado por determinados defensores de los derechos humanos asimilando, de manera conceptualmente fallida, aunque mediáticamente aprobada, la pasada situación del *apartheid* en Sudáfrica con una presunta actualidad del *apartheid* hoy en Israel.

El judío en Latinoamérica puede por tanto ser hostigado por su condición religiosa o cultural, pero también por asociación con el sionismo e incluso, y extremando este argumento, por su supuesta defensa de la política israelí hacia la minoría árabe y, principalmente, hacia la nación palestina. Incluso, y como forma cada vez más retorcida, la hostilidad hacia la comunidad judía puede incluso llegar a la endilgación de decisiones políticas adoptadas por el gobierno e incluso por la ciudadanía israelí, por ejemplo, respecto a determinadas preferencias de candidatos o partidos en contiendas electorales. Así, el judío es automáticamente “judío de derecha” (o incluso, de “extrema derecha”) si inmediatamente no apoya la causa palestina y si no se manifiesta públicamente, como en un moderno auto de fe, por la limitación o bien por la destrucción del Estado judío como entidad paradigmática de opresión.

Por otra parte, constituye un rasgo fundamental del antisemitismo contemporáneo (no únicamente del emanado de América Latina), la identificación del sionismo con el nazismo, en una asociación que, si bien no es nueva, ya que posee más de cuarenta años, se acentuó en los últimos tiempos en los que el pueblo judío fue reconvertido de “víctima” del nazismo a “victimario” de los palestinos. La inversión de los términos resulta más aberrante de lo que parece al situar a todo el pueblo judío (aun a aquellos que rechazan al Estado de Israel) como corresponsable, por acción u omisión, de la peor barbarie: de una Shoá transfigurada ahora en el papel de la perpetración. Así, no sólo es desvirtuado y por tanto negado el Holocausto en



cuanto tal, sino que al mismo tiempo, se equipara al judío con el responsable de su propia eliminación, lo que torna al crimen aún más siniestro.

### Algunas conclusiones generales:

Pese a todo el antisemitismo existente, a aquellas argumentaciones provenientes de Europa y de los Estados Unidos, y a esta suerte de judeofobia vernácula, heredera de antiguos dogmas católicos e hispánicos, hoy las comunidades judías latinoamericanas se encuentran, en términos comparativos, en una mejor situación que otras en otras partes del mundo, sobre todo, si utilizamos parámetros basados en la tolerancia, la inclusión, la libertad religiosa y el derecho a la diversidad.

En este sentido, el reverdecer del antisemitismo en países europeos, como consecuencia de la progresiva colusión ideológica entre extrema derecha y neonazismo, o extrema izquierda e islamismo radicalizado, con una visión enormemente crítica hacia la política del Estado israelí frente a lo población árabe palestina, mantiene tan sólo algunos puntos de contacto con la actualidad de la judeofobia en América Latina<sup>14</sup>. Lo mismo se podría afirmar respecto al auge del antisemitismo en los Estados Unidos bajo la era Trump, tratándose de un gobierno aliado al gobierno de Israel, pero propalador de un discurso xenofóbico que alimenta a organizaciones supremacistas que denuncian en el judío a un ser ajeno a la sociedad y como un peligro para la supervivencia política y moral de la nación<sup>15</sup>.

En pleno siglo XXI no puede desconocerse el efecto generado, en términos de difusión e irradiación, por las ideologías perniciosas transmitidas a través de internet

---

<sup>14</sup> El resurgimiento del neonazismo y de distintas expresiones de la ultraderecha ultranacionalista y xenofóbica, es revisado en una gran cantidad de textos en los últimos años, en un proceso paralelo a las masacres cometidas principalmente por organizaciones supremacistas. Ver Cohen Villaverde y Blanco (2017), García Olascoaga (2017). Verovšek (2019).

<sup>15</sup> La ideología del presidente Donald Trump frente a los extranjeros y, particularmente, con relación a las comunidades judías es analizada en Baer (2018).

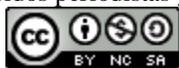


y las redes sociales, como así tampoco la facilidad con la que se posibilita la interacción y la conformación de redes nacionales e internacionales para la transmisión de ideas y doctrinas de cualquier tipo. Su impacto sin duda es actualmente altísimo y ya no es, como hace diez o quince años, únicamente circunscripto al universo de los jóvenes: hoy internet y, consecuentemente, la divulgación de estas ideas puede llegar a toda la sociedad, tanto a partir de esquemas etarios como sectoriales. Sus impulsores, por lo general, se basan en libertades básicas, como la libertad de expresión y de pensamiento, y operan gracias a las mínimas restricciones existentes en el escenario virtual. Los ideólogos y activistas de la judeofobia, en todas sus formas, se basan así en un universo construido en torno a las libertades para propalar ideas que, justamente, atentan contra ellas<sup>16</sup>.

Sin embargo, la lejanía cultural y geográfica de la región frente a los casos europeos y estadounidenses puede relativizarse, así como también puede empeorar la percepción social, en distintos grupos y sectores, en torno a las comunidades judías. En este sentido, ya sea por razones internas o meramente contextuales, los niveles de antisemitismo en América Latina puedan crecer a futuro, alimentados por una crisis económica, social y política generalizada, que hasta el momento no ha detenido su marcha, y que amenaza, con fortalecerse en los próximos años. Mientras tanto, en el corto plazo, y en los tiempos marcados por la pandemia del COVID 19 y por la profunda crisis económica y social derivada de ésta a nivel global, los niveles de antisemitismo registrados en Estados Unidos y los países europeos han tenido un significativo aumento: a partir de todo lo analizado, cabe imaginar que

---

<sup>16</sup> La bibliografía sobre la difusión del antisemitismo por internet es cada vez más abundante, aunque todavía la producción latinoamericana sobre el tema es limitada. Una de las pocas referencias sobre el tema, analizado desde la situación particular de México, en Gall (2016), donde se presta particular atención al rechazo hacia los judíos manifestado en redes sociales por conocidos periodistas y analistas internacionales.



en nuestra región pueda manifestarse también una creciente reacción en contra las colectividades judías<sup>17</sup>.

## Bibliografía

Arquilla, John y Ronfeldt D. (2003) *Redes y guerras en red: El futuro del terrorismo, el crimen organizado y el activismo político*. Madrid, España: Alianza Editorial.

Baer, Alejandro (3 de noviembre de 2018). Efecto Trump y antisemitismo. *El País* (España). Recuperado de [https://elpais.com/elpais/2018/11/02/opinion/1541181161\\_739717.html](https://elpais.com/elpais/2018/11/02/opinion/1541181161_739717.html)

Bauman, Zygmunt (1998) *Modernidad y Holocausto*. Madrid, España: Séquitur.

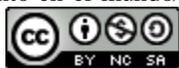
Bokser Misses, Judit (Mayo-Diciembre, 2001) El antisemitismo: recurrencias y cambios históricos. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* (Ciudad de México, México: UNAM) XLIV (183).

Cohen, Mitchell (2003) Auto-Emancipation and Anti-Semitism (Homage to Bernard-Lazare). *Jewish Social Studies* (Bloomington, EE.UU.: Indiana University Press) 10.

Cohen, Mitchell (2008) El antisemitismo y la izquierda que no aprende. *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo* (Madrid) 25.

---

<sup>17</sup> “La crisis del coronavirus está aumentando las demostraciones de antisemitismo por todo el mundo, alimentado por infundios de siglos de antigüedad según los cuales los judíos serían responsables de la propagación de infecciones, según un grupo de investigadores de Israel (...) Sus hallazgos, publicados en el informe anual sobre el antisemitismo en el mundo del Centro Kantor de la Universidad de Tel Aviv, mostraron un aumento del 18% en los incidentes de corte antisemita ocurridos en 2019 con respecto al año anterior. En los primeros meses de 2020, políticos de extrema derecha de Estados Unidos y Europa y líderes religiosos ultraconservadores han aprovechado la crisis sanitaria y las dificultades económicas resultantes de la misma para fomentar el odio contra los judíos” (ver <https://www.elpais.cr/2020/04/20/los-incidentes-antisemitas-graves-crecieron-el-ano-pasado-un-18-por-ciento-en-el-mundo/>).



Cohen Villaverde, Jessica y Blanco, José María (Abril-Junio, 2017) Supremacismo blanco. *Boletín del Instituto Español de Estudios Estratégicos* (Madrid).

Cohn, Norman (1967) *El mito de los Sabios de Sion*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Candelabro.

CONADEP (1984) *Nunca Más*. Buenos Aires, Argentina: EUDEBA.

Dobry, Hernán (2013) *Los judíos y la Dictadura*. Buenos Aires, Argentina: Javier Vergara Editores.

Epelman, Claudio (18 de julio de 2019) Las reflexiones de los líderes mundiales sobre el atentado a la AMIA. *Infobae* (Buenos Aires, Argentina). Recuperado de <http://origin.infobae.arcpublishing.com/opinion/2019/07/18/las-reflexiones-de-los-lideres-mundiales-sobre-el-atentado-a-la-amia/>

Feierstein,, Ricardo (2006) *Historia de los judíos argentinos*. Buenos Aires, Argentina: Galerna.

Figueroa Sepúlveda, Margarita (2018) La emergencia y aumento del antisemitismo en los gobiernos de Hugo Chávez y su relación con la profundización de las relaciones entre Venezuela e Irán (2005-2013). *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*. Bogotá, Colombia: Universidad Militar Nueva Granada. 1 (13). Recuperado de <https://doi.org/10.18359/ries.2942>

Gall, Olivia (2106) "Discursos de odio antisemita en la historia contemporánea y el presente de México. *Desacatos* (Ciudad de México, México). Recuperado de



[http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1607-050X2016000200070&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2016000200070&lng=es&nrm=iso). ISSN 2448-5144.

García Olascoaga, Omar (Mayo-Agosto, 2017) Los partidos neonazis en Europa: ¿un legado olvidado? *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*. Ciudad de México, México: UNAM.

Kaufman, Edy y Beatriz Cymberknopf (1989) La dimensión judía en la represión durante el gobierno militar en la Argentina (1976-1983), en L. Senkman, (ed.) *El antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Centro Editor de América Latina.

Kersffeld, Daniel (2018) *La migración judía en Ecuador. Ciencia, cultura y exilio 1933-1945*. Quito, Ecuador: Academia Nacional de Historia.

Leal Villamizar, Lina María (2011) *Colombia frente al antisemitismo y la inmigración de judíos polacos y alemanes 1933-1948*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Lomnitz, Claudio (2010) *Antisemitismo y la ideología de la Revolución Mexicana*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Lutzky, Horacio (2012) *Brindando sobre los escombros: La dirigencia judía y los atentados: entre la denuncia y el encubrimiento*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Moreno, Sergio (18 de marzo de 2007) El Atentado. *Página 12* (Buenos Aires, Argentina) Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/especiales/15aniversario/12.htm>



Perednik, Gustavo D. (2018) *Judeofobia. Las causas del antisemitismo, su historia y su vigencia actual*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Poliakov, León (1980) *Historia del antisemitismo*. Buenos Aires, Argentina: Muchnik Editores.

Porat, Dina (2011) The International Working Definition of Antisemitism and Its Detractors. *Israel Journal of foreign Affairs* (Tel Aviv, Israel: Routledge/Israel Council on Foreign Relations) 3.

Postone, Moishe (2006) History and Helplessness: Mass Mobilization and Contemporary Forms of Anticapitalism. *Public Culture* (Durham, EE.UU.: Duke University Press) 8 (1).

Sarmiento, Domingo F. (1928). Artículo en *El Nacional. Condición del extranjero en América* (Buenos Aires, Argentina: Editorial La Facultad).

Senkman, Leonardo (2011) El horizonte de la Shoá y el nazismo en la memoria del terrorismo de estado en Argentina y Chile, en Emmanuel Kahan (ed.) *Dossier. Los judíos y las dictaduras militares en el cono sur*. Buenos Aires, Argentina: Programa Interuniversitario de Historia Política).

Siegel Vann, D. (2011) Antisemitism in Latin America: regional and Global Trends. *Journal for the Study of Antisemitism* (JSA), 3(2). Recuperado de [http://www.jsantisemitism.org/images/journals/jsa\\_3-2.pdf](http://www.jsantisemitism.org/images/journals/jsa_3-2.pdf)

Siegel Vann, Dina (15 de julio de 2019) 25 años del atentado contra la AMIA: Hezbolá y antisemitismo. *El País* (Madrid, España). Recuperado de [https://elpais.com/internacional/2019/07/15/america/1563211046\\_479182.html](https://elpais.com/internacional/2019/07/15/america/1563211046_479182.html)



Silva, Horacio (2011) *Días rojos, verano negro*. Buenos Aires, Argentina: Libros Anarres.

Taguieff, Pierre-André (2009) *La nueva judeofobia*. Barcelona, España: Gedisa.

Traverso, Enzo (2018) *Las nuevas caras de la derecha*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Tucci Carneiro, Maria Luiza (2014) *Diez mitos sobre los judíos*. Madrid, España: Cátedra.

Verovšek, Peter (Febrero de 2019) La pérdida de la memoria europea. *Nueva Sociedad* (Buenos Aires, Argentina). Columna de opinión. Recuperado de <https://nuso.org/articulo/memoria-europa-guerra-fascismo/>

Wistrich, Robert S. (1992) *Antisemitism, the Longest Hatred*. New York, USA: Pantheon.

